

EL SACERDOCIO CATOLICO, ESENCIAS Y VIVENCIAS EN EL TIEMPO PRESENTE

HOMILÍA EN LA ORDENACIÓN PRESBITERAL DE BASIL DARKER GAETE MI. CATEDRAL DE SAN BERNARDO, 7 DE SEPTIEMBRE DE 2019

1. En la ruta de San Camilo, configurado con Cristo

Queridos hermanos, hermanas, Superiores y familia Camiliana que hoy nos acompaña, Basil y sus padres y familiares, religiosos y clero, religiosas y pueblo de Dios, que acompaña hoy a nuestro hermano en el momento más importante de su vida,

Hoy es un día de gran alegría para la familia camiliana –el segundo sacerdote hijo de San Camilo, ordenado en la historia de nuestra patria – y de gozo para nuestra Diócesis, para quienes se benefician de las obras de los hijos de San Camilo, y en especial para nuestro Hospital Parroquial, insignia de nuestra ciudad y comuna.

Querido Basil, en un momento más, cuando por medio de la efusión sacramental del Espíritu Santo, que consagra y envía, quedarás configurado con Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, y serás enviado a ejercer el ministerio sacerdotal en medio del Pueblo de Dios.

Con las palabras del Catecismo de la Iglesia podemos decir que la gracia del Espíritu Santo, propia de este sacramento te configurará con Cristo Sacerdote, Maestro y Pastor de quien el ordenado es constituido ministro.

De este modo, el sacerdote, marcado en su ser de una manera indeleble y para siempre como ministro de Jesús y de la Iglesia, e inserto en una condición de vida permanente e irreversible, se le confía un ministerio pastoral que, enraizado en su propio ser y abarcando toda su existencia, es para siempre. El sacramento del Orden confiere al sacerdote la gracia sacramental, que lo hace partícipe no sólo del poder y del ministerio salvífico de Jesús, sino también de su amor y su servicio; al mismo tiempo, le asegura todas aquellas gracias actuales que le serán concedidas cada vez que le sean necesarias y útiles para el digno cumplimiento del ministerio recibido.

Como San Camilo, querido Basil, tu también has descubierto a Dios y Él se ha acercado de tal manera, que su misericordia te ha acogido y curado de tus heridas, como el Buen Samaritano y te ha puesto a su servicio en las filas entre sus hijos,

para que en su nombre hagas lo mismo que Él ha hecho contigo, igual como hizo con los apóstoles en su tiempo¹.

2. La respuesta vocacional como opción fundamental y continuada.

Efectivamente el “ven y sígueme” de Jesús encuentra una proclamación plena y definitiva en la celebración del sacramento del orden: la llamada de Cristo manifestada y comunicada por la oración y las manos del Obispo recibe la respuesta de fe del sacerdote; “vengo y te sigo”. Las respuestas a las palabras - “ven y sígueme”- marcan la máxima expresión posible de la libertad del hombre y, al mismo tiempo, atestiguan la verdad y la obligación de los actos de fe y de decisiones que se pueden calificar de opción fundamental.

Por esta elección fundamental, el hombre es capaz de orientar su vida y –con la ayuda de la gracia- tender a su fin siguiendo la llamada divina. Pero esta capacidad se ejerce de hecho en las elecciones particulares de actos determinados, mediante los cuales el hombre se conforma deliberadamente con la voluntad, la sabiduría y la ley de Dios. De ahí que el “vengo y te sigo” del día de la ordenación en cuanto se actúa mediante elecciones conscientes y libres es mucho más que una simple intención genérica².

En un tiempo en que todo es efímero, temporal, en que la palabra para siempre pierde su sentido, el sacerdocio es una expresión fuerte de la capacidad de respuesta del hombre a Dios y una decisiva expresión de confianza en su gracia, capaz de hacernos superar las miserias propias de nuestra débil naturaleza.

Desde el momento de la ordenación, enseña San Juan Pablo II, comienza aquella respuesta que, como opción fundamental, deberá renovarse y reafirmarse continuamente durante los años del sacerdocio en otras numerosísimas respuestas, enraizadas todas ellas y vivificadas por el “sí” del orden sagrado.

Dios sigue llamando y enviando, revelando su designio salvífico en el desarrollo histórico de la vida del sacerdote y de las vicisitudes de la Iglesia y de la sociedad. Como recordaba un sacerdote santo, “en la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera –ese momento único, que cada uno recuerda en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide- es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta

¹“ Y subiendo al monte llamó a los que él quiso, y fueron donde él estaba. Y constituyó a doce, para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar con potestad de expulsar demonios: a Simón, a quien le dio el nombre de Pedro, a Santiago el de Zebedeo y a Juan, el hermano de Santiago, a quienes dio el nombre de Boanerges, es decir; “hijos del trueno”; a Andrés, a Felipe, a Bartolomé, a Mateo a Tomás, a Santiago el de Alfeo, a Tadeo, a Simón el Cananeo y a Judas Iscariote, el que le entregó” . (Mc 3, 13-19)

² Cf. SAN JUAN PABLO II, Enc. *Veritatis splendor*, n. 66-67.

mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal y pedir perdón”³.

3. Para qué hemos sido llamados; actuar en nombre de Cristo

Como recordaba Benedicto XVI, “el misterio del sacerdocio de la Iglesia radica en el hecho de que nosotros, seres humanos miserables, en virtud del Sacramento podemos hablar con su "yo": *in persona Christi*. Jesucristo quiere ejercer su sacerdocio por medio de nosotros. Este conmovedor misterio, que en cada celebración del Sacramento nos vuelve a impresionar, lo recordamos de modo particular en el Jueves Santo. Para que la rutina diaria no estropee algo tan grande y misterioso, necesitamos ese recuerdo específico, necesitamos volver al momento en que él nos impuso sus manos y nos hizo partícipes de este misterio”⁴.

Hoy la Iglesia sigue llamada a revivir con un nuevo esfuerzo lo que el Maestro hizo con sus apóstoles, ya que se siente apremiada por las profundas y rápidas transformaciones de la sociedad y de las culturas de nuestro tiempo, así como por la multiplicidad y diversidad de contextos en los que anuncia y da testimonio del Evangelio. Una Iglesia apremiada y algunas veces muy golpeada por las propias heridas que nosotros, sus miembros le hemos infringido y que son un desprecio al don del amor de Jesús Crucificado.

Como San Camilo, también nosotros hoy no solo vemos al Señor crucificado y sufriente en el pobre y el enfermo, sino en la misma Iglesia, como una madre herida por los pecados de sus hijos. Tu fundador, en su amor a la Cruz la eligió como símbolo distintivo que debía figurar en el hábito de sus ministros de los enfermos, que como «nuevos evangelizadores»⁵ curan las enfermedades de sus hermanos y de su propia Madre, la Iglesia.

4. Nuestra voluntad y entendimiento dirigidos hacia Dios

Al mismo tiempo el encuentro con Cristo, implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por «concluido » y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que

³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, “La conversión de los hijos de Dios” en *Es Cristo que pasa*, n. 57.

⁴ BENEDICTO XVI, *Homilía Jueves Santo – Santa Misa Crismal*, Basílica de San Pedro 13.IV.2006.

⁵ Cf. SAN JUAN PABLO II, Exh. apost. *Pastores dabo vobis*, n. 2.

los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común.

La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad, crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28)⁶.

San Camilo sintió el llamado a testimoniar el amor misericordioso de Cristo a los enfermos, luego que el mismo iniciará el camino de su propia identificación con el amor de Cristo por los más pobres y sufrientes. La caridad con los enfermos, enseña el fundador, debe adornarse con los caracteres de la diligencia, el cariño, la benignidad, el respeto y ha de vivirse «con toda perfección» y sin límite, hasta arriesgar la propia vida, según la enseñanza del Evangelio: «Nadie tiene amor tan grande como quien da la vida por sus amigos».

5. Lo que puede cambiar y aquello que es designio de Cristo

“Ciertamente hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia: en efecto, el sacerdote de mañana, no menos que el de hoy, deberá asemejarse a Cristo. Cuando vivía en la tierra, Jesús reflejó en sí mismo el rostro definitivo del presbítero, realizando un sacerdocio ministerial del que los apóstoles fueron los primeros investidos y que está destinado a durar, a continuarse incesantemente en todos los períodos de la historia. El presbítero del tercer milenio será, en este sentido, el continuador de los presbíteros que, en los milenios precedentes, han animado la vida de la Iglesia. También en el dos mil la vocación sacerdotal continuará siendo la llamada a vivir el único y permanente sacerdocio de Cristo. Pero ciertamente la vida y el ministerio del sacerdote deben también «adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida... Por ello, por nuestra parte, debemos procurar abrirnos, en la medida de lo posible, a la iluminación superior del Espíritu Santo, para descubrir las orientaciones de la sociedad moderna, reconocer las necesidades espirituales más profundas, determinar las tareas concretas más importantes, los métodos pastorales que habrá que adoptar, y así responder de manera adecuada a las esperanzas humanas”⁷.

⁶ BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, n. 17.

⁷SAN JUAN PABLO II, Ex. apost. *Pastores dabo vobis*, n. 5.

6. Un peligro especialmente presente: la pérdida de sentido y la desolación

El tiempo presente, como todos, tiene sus peligros. Entre ellos, aquel que viene de la pérdida del sentido, el vaciamiento del contenido esencial del sacerdocio y de aquellos que su sustento esencial: ser otros Cristos en medio de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y que dan respuesta a preguntas centrales: ¿Para qué estoy aquí? ¿Vale la pena? ¿Quién soy? ¿Seguí con libertad la llamada? ¿Qué sentido tiene mi entrega a Dios y a los demás y las renunciaciones que he hecho?

Ya no estamos en el tiempo del sacerdocio plenamente reconocido, sino en el de la crítica, en la de cierta sospecha, en sentirse mal mirados. Por eso las palabras del Papa Francisco resultan hoy más certeras que nunca: “estoy convencido de que, en la medida en que seamos fieles a la voluntad de Dios, los tiempos de purificación eclesial que vivimos nos harán más alegres y sencillos y serán, en un futuro no lejano, muy fecundos. «¡No nos desanimemos! El señor está purificando a su Esposa y nos está convirtiendo a todos a Sí. Nos permite experimentar la prueba para que entendamos que sin Él somos polvo. Nos está salvando de la hipocresía y de la espiritualidad de las apariencias. Está soplando su Espíritu para devolver la belleza a su Esposa sorprendida en flagrante adulterio. Nos hará bien leer hoy el capítulo 16 de Ezequiel. Esa es la historia de la Iglesia. Esa es mi historia, puede decir alguno de nosotros. Y, al final, a través de tu vergüenza, seguirás siendo un pastor. Nuestro humilde arrepentimiento, que permanece en silencio, en lágrimas ante la monstruosidad del pecado y la insondable grandeza del perdón de Dios, es el comienzo renovado de nuestra santidad»⁸.

Y cuando el peligro del vacío acecha, podemos seguir el consejo del Papa, tomado de un sacerdote de su país: “Siempre, pero sobre todo en las pruebas, debemos volver a esos momentos luminosos en que experimentamos el llamado del Señor a consagrar toda nuestra vida a su servicio”. Es lo que me gusta llamar “la memoria deuteronomica de la vocación” que nos permite volver «a ese punto incandescente en el que la gracia de Dios me tocó al comienzo del camino y con esa chispa volver a encender el fuego para el hoy, para cada día y llevar calor y luz a mis hermanos y hermanas. Con esta chispa se enciende una alegría humilde, una alegría que no ofende el dolor y la desesperación, una alegría buena y serena»⁹.

“En momentos de tribulación, fragilidad, así como en los de debilidad y manifestación de nuestros límites, cuando la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación fragmentando la mirada, el juicio y el corazón, en esos momentos es importante —hasta me animaría a decir crucial— no sólo no perder la memoria agradecida del paso del Señor por nuestra vida, la memoria de

⁸ FRANCISCO, Carta del Papa Francisco a los sacerdotes con ocasión del 160 aniversario de la muerte del santo cura de Ars, 4 de agosto de 2019

⁹ FRANCISCO, Homilía en la Vigilia Pascual (19 abril 2014).

su mirada misericordiosa que nos invitó a jugárnosla por Él y por su Pueblo, sino también animarse a ponerla en práctica y con el salmista poder armar nuestro propio canto de alabanza porque «eterna es su misericordia» (Sal135)¹⁰. Un santo de estos días nos enseña: “en esta época de desmoronamiento general, de cesiones y desánimos, o de libertinaje y anarquía, me parece todavía más actual aquella sencilla y profunda convicción que, en los comienzos de mi labor sacerdotal, y siempre, me ha consumido en deseos de comunicar a la humanidad entera: estas crisis mundiales son crisis de santos”¹¹.

7. El ambiente del sacerdote: el Pan y la Palabra, antídoto contra la dispersión

Como enseña San Juan Pablo II¹², “las actividades pastorales del presbítero son múltiples. Si se piensa además en las condiciones sociales y culturales del mundo actual, es fácil entender lo sometido que está al peligro de la dispersión por el gran número de tareas diferentes. El Concilio Vaticano II ha identificado en la caridad pastoral el vínculo que da unidad a su vida y a sus actividades. Ésta añade el Concilio «brota, sobre todo, del sacrificio eucarístico que, por eso, es el centro y raíz de toda la vida del presbítero»¹³. Se entiende, pues, lo importante que es para la vida espiritual del sacerdote, como para el bien de la Iglesia y del mundo, que ponga en práctica la recomendación conciliar de celebrar cotidianamente la Eucaristía, «la cual, aunque no puedan estar presentes los fieles, es ciertamente una acción de Cristo y de la Iglesia»¹⁴ “Ahí, en el Santísimo Sacramento, está el verdadero médico” enseñan el Santo Fundador Camilo

Todos sabemos que “si la oración no mantiene este edificio y sostiene todas sus partes conjugándolas entre sí, no podrá ser firme y sólido, ni subsistir por mucho tiempo”¹⁵. Si hemos sido llamados para estar con El, es necesario diariamente dedicar un tiempo al dialogo divino, pues “sin este cimiento fuerte, todo edificio va falso y al derrumbe”¹⁶.

Cuántas de las dificultades actuales del camino sacerdotal son debidas a la falta de oración de los ministros, a un activismo desordenado, a la tibieza interior, a nuestra incapacidad del silencio que escucha a Jesús. Dice Santa Teresa que “por no estar arrimada a esta fuerte columna de la oración, pasé este mar tempestuoso

¹⁰ FRANCISCO, Carta a los sacerdotes con ocasión del 160 aniversario de la muerte del santo cura de Ars, 4 de agosto de 2019.

¹¹ SAN JOSEMARIA ESCRIVÁ. Amigos de Dios, La grandeza de la vida corriente, punto 4

¹² SAN JUAN PABLO II, Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n. 31

¹³ CONCILIO VATICANO II. Decr. *Presbyterorum Ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros 14.

¹⁴ *Ibid.*, 13; cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 904; *Código de los Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 378.

¹⁵ CASIANO, Colaciones, 9.

¹⁶ SANTA TERESA, Camino de perfección 4, 5)

casi veinte años con estas caídas”¹⁷. Recuerda siempre la enseñanza de San Camilo: “el hombre no se mantiene sin la oración”.

8. Un sacerdocio vivido en tiempo de crisis

En la actual cultura de sincretismo religioso, de difusión de las sectas y de una religiosidad supersticiosa y sentimental no anclada en la verdad de Cristo, vemos como “a menudo la religión se convierte casi en un producto de consumo. Se escoge aquello que agrada, y algunos saben también sacarle provecho. Pero esta religión buscada a la “medida de cada uno” no nos ayuda. Es cómoda, pero en el momento de crisis nos abandona a nuestra suerte¹⁸. Sin olvidar que, en ocasiones, en esta misma cultura actual no solo nos encontramos ante un rechazo de lo sagrado en cuanto tal y de su consiguiente reducción a lo profano. Se va más lejos, pues se proclama la negación de un Dios personal y trascendente, de un Dios encarnado y presente en la historia y en la humanidad.

Es como si nos dijeran: Dios no nos interpela personalmente ni a través de los hombres, porque su existencia es un mito. Cristo no es el fundamento de la verdad, sino que se trata de un sugestivo pensador que pertenece irremediabilmente al pasado. Por tanto, no se puede reivindicar que el Verbo sea contemporáneo al hombre de todos los tiempos.

Si como consecuencia de estas ideas que hemos apenas bosquejado se ofuscase la naturaleza del ministerio sacerdotal y, en consecuencia, se buscaran formas de inserción en la sociedad del nuevo milenio poco apropiadas a la naturaleza del sacerdocio ministerial, o que no estuvieran de modo adecuado fundadas en su más íntima naturaleza teológica y eclesial, todo eso equivaldría a sustraer al pueblo de Dios y al mundo entero aquella particular presencia de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor de su Iglesia, que se da a través de la persona del sacerdote, pese a sus miserias y debilidades.

9. Un consejo: la santidad de las manos de María

“Sí el sacerdote descuida la santidad, de ninguna manera podrá ser sal de la tierra; porque lo que está podrido y contaminado no sirve para conservar: y donde falta la santidad es inevitable que se introduzca la corrupción. Cristo, continuando la comparación, llama a esos sacerdotes sal insípida, que ya no sirve para nada más que para tirarla afuera, y ser pisoteada por los hombres (Mt 5, 13)¹⁹.

¹⁷SANTA TERESA, Vida, 8, 1-4

¹⁸Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía Misa clausura XX Jornada Mundial de la Juventud*, Colonia 21.VIII.2005.

¹⁹SAN Pío X, Exhortación al Clero católico, 4-8-1908.

El sacerdote de manos de María, salud de los enfermos y Madre de los moribundos, es siempre otro Cristo, el mismo Cristo. Como María, fiel al designio de Dios, fue cooperadora de la salvación - salud de la humanidad realizada por su Hijo, también el sacerdote se hace un eficaz instrumento de la redención, poniendo a Cristo en el centro de la vida de los hombres. Como María al pie de la cruz que aparentemente no hace ni dice nada que alivie a su Hijo; el alivio es su presencia activa y amorosa, como la nuestra, desde la oración, el silencio y el trabajo oculto.

Que el Señor, querido Basil, bendiga siempre tu camino, bendiga a la familia Camiliana, bendiga a tus padres y tu familia, en cuyo seno nació esta vocación, y te haga ser un fiel hijo de nuestro Padre San Camilo.

Que así sea.

+Juan Ignacio González Errázuriz
Obispo de San Bernardo
